

Senoicamrofsnart-Transformaciones

DOI 10.59486/GTHK9903

Ana Milena Velásquez Ángel

Maestra en artes representativas de la Universidad de Antioquia, Magíster y doctor en teatro y artes del espectáculo de la Universidad De Paris III Sorbonne-Nouvelle
ORCID: 0000-0003-3803-0080

Este escrito surge a partir de la experiencia que he vivido en el proyecto TransmigrArts, en el cual desde la investigación creación aplicada, nos preguntamos por la transformación de los participantes en talleres artísticos aplicados. Los participantes somos personas y comunidades en distintas etapas de las migraciones y desplazamientos. Si bien, en los talleres y prácticas artísticas interactuamos como artistas, talleristas, observadores, investigadores, guías, entre muchos más roles, lo que debo y quiero decir es que las transformaciones ocurren en todo sentido y nos ocurren a todos en lo personal, en lo colectivo y lo creativo.

Lo primero que me gustaría desenredar, es sobre la palabra transformación. Me siento más identificada con la palabra en plural transformaciones, al menos lo que yo he vivido, compartido y presenciado son transformaciones en muchos sentidos, formas, momentos, personas, espacios, matices, mejor dicho en tantísimas oportunidades que me empujan en el deseo de compartir las inquietudes que ha generado la experiencia y que está llena de momentos e imágenes compartidas. No tengo grandes conceptos ni estoy segura de lo qué experimento cada día en este proceso, si no por el contrario, cada vez me surgen más preguntas, incertidumbres, ilusiones, y profundos cuestionamientos, que me hacen poner los pies en la realidad y en la esperanza al mismo tiempo, con momentos llenos de humanidad, interacción, escucha y respeto por la vivencia y

Anoitamrofsnart-Transformations

Anoitamrofsnart-Transformations

creatividad del otro. El otro, ese que estoy segura de que no soy yo hasta que veo, escucho, siento y entiendo que sí lo soy, desplazando muy poco la perspectiva, y dándome cuenta de que en cada taller impartido, compartido y recibido yo también soy la migración.

La constitución química y física de la existencia nos dicen que la transformación es el movimiento de una etapa a la siguiente. Soy actriz de formación, y payasa por deformación, el descubrimiento del clown lo inicié con el milenio, en el 2001. El arte del clown – el payaso-, me ha dado el más grande regalo de la vida: Jugar para disfrutar, saborear y compartir el error con generosidad. El descubrimiento y creación de Anamiqueta – mi otra yo, creada- ha sido y sigue siendo una de las transformaciones, que más disfruto y que vivo con mucha alegría pero también con mucho pánico en el instante mismo en que se expone a un espectador.

Cuando participé en la escritura del proyecto TransmigrArts, me di cuenta de que tenía idealizada la transformación como si esta significara el cambio hacia algo mejor o peor, a uno de los extremos, o por lo menos me empecé a dar cuenta de que solo me refería al fenómeno cuando era el caso. Y rápidamente acepté la idea de asociar artes a transformación y si era de las vulnerabilidades, pues no podría ser otra cosa que una transformación en algo mejor. Pero, viviendo muy de

cerca la experiencia de los talleres que realizamos en el proyecto, me han ido ocurriendo muchas transformaciones y movimientos, movimientos que se producen de adentro hacia afuera, y poco a poco me he ido concientizando de cuán complejo, profundo y sutil puede ser este proceso de ser movilizado, entendiendo que las artes solo son un elemento más del entramado proceso que hay en el ser y sentirse vulnerable.

Precisamente en las vivencias que con el lenguaje del clown he podido compartir en TransMigrArts, el inicio del movimiento es que: el clown “creado” como técnica del arte “clownesco” es lo último que nos interesa, o mejor dicho, nada. Lo que hacemos es acompañar a otras personas a jugar, léase bien: jugar, jugar con ellos, a que jueguen entre ellos, a que juguemos todos. Y para ello, me he dado cuenta de que el camino que muchas veces hay que tomar es hacia un lado que no es ni mejor, ni más bueno, ni evolucionado de nosotros mismos. El juego en el que se gesta un payaso, es un juego que nos enseña que para compartir con sinceridad lo que sentimos y que nuestras reacciones en la vida de la sobrevivencia en la sociedad actual lo que nos exigen es disimular o guardar lo que sentimos en el silencio o en un emoji digital. En esa especie de exploración de la sinceridad, empezamos a permitirnos habitar emociones y sentimientos poco explorados en comunidad, como el fracaso, la inocencia, la frustración, el miedo, la soledad, la incertidumbre y más, son sentimientos que aceptamos en soledad la mayoría de las veces. Emociones que han sido estudiadas por los expertos, como las más frecuentes cuando se vive un proceso migratorio y de desplazamiento. Los amplios estudios sobre el tema nos han demostrado que los impactos emocionales que sufrimos en el proceso migratorio son de toda naturaleza. La vulnerabilidad está ligada a la migración precisamente porque el sufrimiento emocional está presente en el contexto de origen, de tránsito y de destino. La violencia vivida en todas las formas posibles de imaginar tiene desencadenantes en la emoción como tal,

en la capacidad de reconocimiento de la misma y en la posibilidad de expresarla y regularla. Toda nuestra identidad construida en el plano emocional de lo que nos afecta, nos moviliza y nos identifica, entra en crisis. Nuestros referentes de afecto se separan durante el proceso, el desplazamiento y el viaje activan nuestra supervivencia ampliando el miedo y la incertidumbre y tristemente los esfuerzos por la llamada integración en los lugares de llegada no es que se preocupen por nuestro sufrimiento emocional. A parte de las fotografías y radiografías de la carrera por la legalidad.

Ahora bien, imagínense que el juego del clown nos viene y nos dice vamos a compartir esas emociones, vamos a hacer el proceso contrario a juzgarlas o a esconderlas, vamos a identificarlas, a sentirlas, a experimentarlas en todo el cuerpo y a expresarlas en el movimiento, en las palabras, en juegos, exploraciones e improvisaciones. Yo a veces pienso, que es como trabajar la metamorfosis pero al revés. Para volver al gusano en lugar de ir hacia la mariposa, descubriendo que lo más precioso es lo que se mueve lenta y a veces vergonzosamente en cada uno de nosotros. Volver a ser un cuerpo, a sentir su cuerpo, a reconocer su cuerpo, a escuchar su cuerpo, aun cuando la sensación sea de no poder desarrollarse y volar. Como una senoicamrofsnart.

Poco a poco he ido viviendo como cuando jugamos en serio con las emociones, hablamos un lenguaje universal humano. El cuerpo se vuelve lenguaje. Aunque este sería el tema de otro escrito, con personas de todos los orígenes; de todas las culturas y creencias, he sentido como no existe idioma para el dolor, para el duelo, no hay letra para que el grito del sufrimiento se entienda. El miedo es miedo, en todas partes del mundo, todos lo hemos sentido y todos podemos conovernos cuando estamos con alguien que siente el miedo. El estremecimiento del cuerpo que siente miedo es reconocible y conmovedor. Pero, entonces, cuando jugamos con él, con el miedo por ejemplo, este estremecimiento no

desaparece en sí, no es la idea. La idea es caminar con él, viajar con él. El clown nos propone jugar con el miedo, con la oscuridad y la sombra, devolviéndonos a ese ser frágil que somos todos, jugar con el miedo, es encarnar y enfrentar el miedo al mismo tiempo. Ya no es el miedo el que nos estremece, si no nuestro cuerpo el que lo sacude, lo concreta, lo convierte en lúdica, lo exagera, lo pone en evidencia. Y en este juego,

TransMigARTS

En los talleres, he visto como el jugar con otros va creando grandes monstruos de miedo, deformes y exagerados al punto de hacer reunir a un grupo de personas riendo de su propio miedo, o enfrentándolo con objetos imaginarios y vendiendo esperpentos que salen corriendo de los espacios en los talleres. Demostrando sin teoría alguna, como el sentimiento de vulnerabilidad puede estar al lado y convivir con la palabra transformación, pues en todos los casos, al terminar de jugar, al descansar de la inercia colectiva, mientras se juega, viene una respiración profunda seguida de palabras como ahhhh! Que descarga! Ça enleve! قثي . ! bessim ! целитель! wëet-, iiwëet ! y después largos silencios y miradas que se encuentran. Se encuentran para apoyarse, ayudarse y consolarse.

He experimentado lo que es caminar con el miedo, no intentar hacerlo desaparecer por que se vuelve tan grande que nos aplasta, y el que desaparece es otro.

Es muy especial porque en la formación teatral que viví, nos la pasábamos el tiempo jugando, imaginando, representando o experimentando de manera arriesgada, libre y provocadora. Pero siempre estuvo la idea de una matriz técnica del teatro que había que respetar por encima de todo, rápidamente tanta sacralización,

nos damos cuenta que las transformaciones son infinitas, sutiles, potentes y liberadoras. En mis diversas migraciones he soportado ver el miedo a los ojos, y en mis juegos he deformado el poder que va tomando en nuestras vidas. El miedo de las pelotas cuando era pequeña me hizo convertir más de una vez en chapulín colorado. Como las sombras animadas nocturnas que de pronto se convierten en objetos neutros y sin vida.

desde el ensayo, la expresión corporal, el personaje, y todo el universo en el que gravitábamos era lo más importante. Sin duda alguna en ese momento, en ese instante de mi persona, fue lo más importante. Suficiente para desafiar familia, amigos, y tradiciones centenarias en la Medellín que terminaba los años mil. Con miles de problemas sociales y pagando un enorme precio humano a la guerra y narcotráfico. En mis momentos de soledad migratoria, siempre pensé que lo único para lo que servirían mis juegos teatrales eran para crearme mundos paralelos que me permitieran liberarme a mí misma del dolor Colombiano, ni siquiera pensaba en el espectador que nos acompañaba en nuestras creaciones arriesgadas y comprometidas. A decir verdad, la primera vez que vi el público a los ojos fue cuando me puse una nariz roja por accidente al otro lado del atlántico, amarrada con un caucho que me apreté hasta el alma para que nunca se me fuera a caer. Como un salvavidas. Un salvavidas que me ayudó en el camino de regreso. La realidad que me hizo salir corriendo dejando todo en mi casa materna, es la misma que me hizo regresar muchos años después. La injusticia y el dolor humano.

A propósito de la nariz del payaso, hay un pequeño gesto que me ha removido profundamente, en diferentes talleres, a veces después de mucho juego, también jugamos a que es el momento de

explorar la nariz roja del clown. y hay como un suspenso por ese pequeño objeto que uno termina amando más que cualquier joya, y después de ese suspenso es ese impulso juguetón por ponérsela, y siempre -pero siempre- se la ponen al revés, con los huecos que tiene para respirar hacia arriba y no hacia abajo como los de la nariz que tenemos en la cara. Ese acto es tan precioso, para mí, es como la imagen de lo que es el arte aplicado, es toda la historia de la máscara antigua, medieval, moderna y circense rendida a los pies de la curiosidad de quien la está viendo como un objeto mágico y poderoso. Y a todos los clowns que han presenciado ese momento conmigo, los he visto respetar profundamente ese acto y nunca decir que esta al revés. Este es un pequeño y sutil movimiento entre dejar de un lado la técnica y creencia aprendida de cómo y que es la nariz de un payaso y dejarla estar y ser como lo que realmente es, un objeto para jugar.

Siguiendo con las emociones, quiero contarles sobre la incertidumbre, la incertidumbre es un estado lleno de emociones que varían constantemente, sobre todo desagradables, esa palabra incertidumbre, tiene de todo, tiene alegrías, tristezas, esperanzas, anhelos, desilusiones, pérdidas, de todo. Para un clown gran parte de su juego ocurre en un estado de incertidumbre, la improvisación hace que no se sepa a ciencia cierta que es lo que va a hacer en el minuto siguiente, y el coctel emocional es insoportable. De verdad les digo, es insoportable. Pero, hay un momento en el que llega el deseo de jugar con el futuro mientras se está en un presente incierto es como si apareciera luz en la oscuridad y la luz se va haciendo más fuerte que se puede ver y sentir el piso donde se está parado, ver y sentir el espacio, y sentir la mirada de las personas que están con uno y todo se va haciendo parte del juego, como el niño que transforma todos los objetos justo en los que necesita para su exploración heroica. A diferencia del juego del clown, la vida real no actúa siempre con la misma complicidad y la incertidumbre convierte cada día en una aventura a veces insostenible. Muchas veces he escuchado a las personas con las que trabajamos en el momento de entrar al espacio en donde nos encontramos decir: llegué, aquí estoy, vine, volví, regresé, al tiempo que

sueltan bolsos, trapos, bolsas, zapatos, y con ellas sus cargas, hay como una especie de decisión de buscar luz que pueda alumbrar esos oscuros. Y en esa decisión y afirmación del estar, sabemos que toda esa carga sigue presente pero que en el jugar podrá luego soltar. Y adivinen que, otra vez, la invitación es a habitar la incertidumbre, el aquí y el ahora desprendido de la presión de si va a suceder algo o no, de si lo voy a lograr o no. Una vez más el estado de juego los invita a saborear el vacío, la nada, el ser gusano, en el tiempo presente de la acción, en el aquí y el ahora. Pero, en ese jugar la incertidumbre, se va desarrollando una fuerza interior reveladora. Siempre para cada una de las personas que he conocido improvisando y que no tienen ni idea de lo que van o deben hacer, una fuerza que solo le pertenece a cada uno, única, irreplicable y singular, yo creo que es la fuerza de la Aceptación. Por eso para mí la primera letra de la palabra Arte y Aplicado es la A, de aceptación. Esto, este es lo que soy. Así estoy y soy ahora y aquí a mi lado está la incertidumbre.

Y resulta que en eso que parece ser oscuro, ese ser que se es, y que esta aporreado y mucho por los acontecimientos de la vida, se puede ser. Es. Esta. Es visible. Esta vivo. En medio del juego improvisado la aceptación se vuelve integradora. Al punto de que no parece improvisado. Es como un surgir de la ceniza, mágico. Y es tan real como la afirmación de entrada.

Esto de jugar con los opuestos, emociones, luz, oscuridad, miedo, aceptación, es un todo un tema. Que estoy segura nos queda mucho por investigar. Poder jugar ese bendito opuesto que nos habita a todos como migrantes, experimentando una percepción ambivalente de la vida: por un lado, el deseo de una vida mejor, de un saber, de un paraíso imaginado, que nos condujo a migrar y por otro, el encuentro de la realidad cotidiana de ese lugar soñado por el que emprendimos el viaje. En el que se puede vivir, sobrevivir, escapar de la violencia, la injusticia, el hambre, el peligro, pero que nunca sentiremos como nuestro. Este sentimiento de desarraigo nos acompaña en el corazón siempre. En el corazón físico y en el sentimental. A mí en mi país me encanta tomar vino y cuando estoy en otro me encanta la aguapanela.

No puedo explicarlo, pero es así. Es como si el acto me hiciera sentir en el otro lugar. En uno de los talleres, decidimos que ese día, me iba a despedir del grupo maravilloso con el que jugamos ese día como Anamiqueta, -mi otra yo creada-. Entonces como Anamiqueta, les conté que siempre cargaba el mundo a cuestas, y era verdad. Decidí jugar el cansancio que todos habían mencionado en la sesión, como payasa, esa idea del cansancio físico y mental que todos tenían me resonaba muchísimo para jugar. Así que improvisando sobre el cansancio, decidí cargar el mundo en la espalda y les pedí ayuda para cargarlo, inflando una pelota que tengo que es el globo terráqueo, había mucha identificación con la idea del cansancio y me daba cuenta de que era muy jubilador que la payasa jugara el cansancio. Esperaba sorprenderles con mi imagen tan poética y la primera persona que recibió la pelota, inmediatamente busco su país de origen en el mapa, nos lo mostró a todos diciéndonos el nombre del país Algeria y lo pasó al siguiente quien buscó también su país de origen Armenia y le dió besos, y luego lo pasó al siguiente que no encontraba a Albania, le ayudaron a encontrarlo, después Nigeria lo arrulló con su cuerpo y su canto, y fui yo la sorprendida por la belleza de la imagen que superaba de lejos cualquier representación del arraigo. El tiempo se detuvo y esperamos en silencio que cada uno

expresara su deseo de encontrar en una pelota, su país de origen, el espacio se convirtió en mundo y el cansancio se diluyó en ternura, sonrisas y mucha pero mucha empatía con el sentir de cada uno, del otro y de sí.

Al despedirnos de nuestro lugar de pertenencia, las personas que migramos nos separamos de elementos importantes que son parte de nuestra profunda identidad: familia, amigos, espacio, país, costumbres, lenguaje, estatus social, memorias, imágenes, entre tantas otras. He escuchado decir que quien migra enfrenta un duelo múltiple por lo que hemos dejado, haciendo frente también al sentimiento del desarraigo, una vez arrancados de nuestra raíz empieza la búsqueda física del lugar en donde se pondrán de nuevo, para tomar el agua que nos permitirá de nuevo florecer. Los árboles ponen toda la savia en la raíz cuando necesitan crecer, florecer y dar frutos. Lo que he experimentado en las experiencias taller que he compartido, es como esta ruptura busca el remiendo en el apoyo social grupal, el encontrarse con otros es todo un acontecimiento que va generando confluencias, encuentros, cruces, apoyos, tal como la raíz se prepara para absorber la vida de la tierra. Y como se lo deben estar imaginando, si estamos en el juego del clown, nuestra atención irá a esa forma rizomática del grupo, no a las frutos finales.



En los talleres de TransMigrArts he sido clown, artista, tallerista, secretaria, investigadora, migrante, vulnerable, madre, psicóloga, cocinera, productora, cantante, socorrista, compañera, amiga, escritora, estadista, enfermera... y muchas más cosas, mejor dicho, la pluridisciplinariedad se quedó en palotes como decimos en mi país. Pero este movimiento constante se lo debo al amor por el estado de juego en el que habita un clown, un amor que ha ido creciendo aún más con el reto de la aplicación. La aplicación, una acción que nos baja el estatus ante el Arte con mayúscula y que nos acerca de la belleza original, otra vez es como al revés. Todo el valor estético deja de estar en lo creado, para estar en el proceso, inicio y camino hacia lo que puede o no crearse. He visto como experimentar en grupo algunos elementos de las artes, permiten que las personas vuelvan a confiar en sí mismas y en otras personas, personalmente jugando en grupos o en familias de clowns es posible volver a establecer relaciones emocionalmente seguras, o mejor expandir raíces nuevas en las que una puede sentirse cuidada, respetada, valorada, acompañada. Reconstruir vínculos que tienen la capacidad de ir tejiendo sobre las heridas, nuevas pieles. Hay una increíble capacidad de relacionarse desde el afecto, cuando jugamos juntos, incluso si jugamos el dolor y el duelo. Y este afecto reconstruye confianza en donde habían miedos. La empatía, la comprensión, la solidaridad y el sentimiento de seguridad son visibles, palpables.

En uno de los talleres estábamos haciendo un juego de escucha, pasando de una escucha cotidiana a una escucha del cuerpo del otro, había que reaccionar en grupo, en un momento escuchamos a una de las personas e instintivamente todos fuimos hacia él y le pusimos la mano en una parte de su cuerpo. Y entonces, se quedó quieto, inmóvil, y aunque era visible su incomodidad en ese momento no nos dijo nada. Al final del ejercicio, en el momento del intercambio de experiencias, dijo al grupo: no me gusta que me toquen, no me gusta el contacto físico y no me gustan los abrazos. Entonces, escuchamos. Pero, recuerdo haberle dicho que gracias por compartirlo al grupo, pero que debía estar consciente

de que estaba poniendo en la escucha del grupo un deseo que se vuelve latente. Hagan de cuenta que en pleno juego de adolescentes sueltas una prohibición, diciendo, por nada del mundo vayan a cruzar esa puerta! Inmediatamente se convierte en un reto cruzar la puerta. Y más aún si vamos juntos, en grupo y la derribamos. Yo sabía que esta advertencia, iba a hacer parte del inconsciente colectivo de la red que se va conformando en el taller, y no es por insistencia egoísta, o porque seamos sordos, sino porque en esa red humana, estábamos escuchando la savia que bajó a la raíz para poner en evidencia lo que necesitaba. Nadie lo dijo así, ni tampoco le hicimos análisis, ni lo comentamos. En veintitrés años de juego clownesco, he aprendido a prohibir a los payasos lo que quiero exactamente que hagan, y siempre ocurre, para la felicidad de todos, ocurre. A partir de ahí, fui muy consciente de que posiblemente él no volvería al taller, pues sentí que lo que le dije no era la respuesta que esperaba escuchar ese día. El taller se realizó durante varios encuentros y poco a poco cada uno empezó a expresar y a compartir sus vivencias, memorias, recuerdos y emociones, al punto en el que los abrazos se convirtieron en parte del intercambio, tanto como los relatos, las reflexiones y los objetivos de los ejercicios. Poco a poco veíamos como el abrazo no era un simple contacto físico, era encuentro, era gesto de empatía, era escucha, restauración de la confianza, acompañamiento y red, una maya visible que se tejía entre todas las personas que participábamos en el encuentro y sobre la cual ocurrían grandes desbordes físicos, emocionales y espirituales. Entonces, desde el clown propusimos en una sesión, intervenir una historia de vida al azar, y de la manera más generosa la persona que nos había dicho meses antes que no aprobaba el contacto, nos permitió en el juego evocar personajes de su vida, recuerdos de su pasado y situaciones de su historia, dando lugar a las lágrimas, a la rabia, al dolor, al miedo, a la alegría, a la soledad, a la ausencia, a la esperanza y entre muchas emociones revueltas, pudimos sentir en grupo, la tranquilidad con la que recibía el abrazo profundo que cada uno de los asistentes ese día, tuvo para darle. Finalmente, recibimos

con mucha alegría su reflexión donde nos decía: cada abrazo para mí, fue liberador! Y si hubiera que repetir el ejercicio del abrazo no tendría ningún problema porque aquí todos hemos pasado por la piel del todos. Esta imagen de la piel es el tejido, la red, el grupo que sostiene, arrulla, impulsa y remienda todos los desgarres de nuestra experiencia.

Yo pienso que las artes vivas, están vivas porque cambian, porque movilizan no solamente el universo interno del artista si no el entramado de relaciones que existe en la intersubjetividad humana. Esta frase es como para ponerlo en una expresión teórica, pero no tiene ningún sentido cuando no se ha experimentado, y la apertura a la experiencia es el terreno de la aplicación, para concretar, la apertura al duelo, al rechazo, al vacío, y también al abrazo, al calor, al tacto.

La creatividad ligada a las artes, en el campo aplicado es transversal, no es la finalidad. la creatividad es como cada detalle del proceso toma forma, cuerpo, sonido, color.

Ahora bien, uno es el proceso del actor, persona que juega y crea el clown. Y otro es el proceso en los talleres de arte aplicado, es decir proceso del clown, o sea JUEGO con personas y grupos de personas que han vivido las experiencias de migración y desplazamiento. Qué es lo que se transforma al encontrarse con este espíritu libre del juego, la emoción, la incertidumbre, el vacío, el gusano, lo callado... etc. etc.? Esa es la gran pregunta.

Para mí, se producen muchos movimientos, tantos que no hay ciencia que pueda agruparlos para identificarlos y medirlos. Cada ser es un movimiento de variables infinitas, hermosas e inacabadas. Cada mujer, niño, hombre, adulto, que he conocido en este proceso simultáneo de ser payasa y aplicar el juego del clown en encuentros, talleres, intervenciones; me ha invitado a vivenciar múltiples transformaciones. Las que ocurren en mí, las que ocurren en ellos y las que ocurren en nosotros. Sabemos por las personas que investigan desde otros campos, que la experiencia artística, no solo impacta gran cantidad de variables en el sujeto, y que aún hay mucho por descubrir, investigar y aplicar en diversos

campos. Pero quiero terminar por esta vez, con una experiencia que viví en uno de los talleres y que me confrontó directamente con esa dimensión de la creatividad y el lugar que ocupa en cada proceso.

Descubrir como el proceso de crear conlleva tantos movimientos; es algo impresionante. De manera dialógica creamos con mis compañeros de trabajo, artistas y docentes, un taller que se centra en el reconocimiento, y propusimos la metáfora de la casa cuerpo. Por supuesto cada artista vuelca todo su saber y sensibilidad en la exploración de la metáfora, desde la danza, la narrativa, la plástica y como se pueden imaginar, pues a mí me convoca el juego. Desde hace algunos años habíamos leído como en las comunidades desplazadas la casa es un elemento muy presente y que va solicitando ser representada con frecuencia. Así que en varios lugares del país fuimos explorando ejercicios, viendo como esta posibilidad de incorporar, reconocer, simbolizar y transformar desde la pura idea de la casa es importante para cada uno de nosotros. Así que el taller se concentró en todo el camino de reconocimiento, de introspección, de imaginación y simbolización final de la casa y sus partes con materiales plásticos, pequeños palos de madera y pegante. Desde el juego, exploramos la sensación y recuerdos que tenemos todos de nuestra casa de infancia, reconociendo emociones, afectos, percepciones y más. Una compañera del taller, participó y jugó el juego hasta ese momento en el que literalmente no pudo construir y pegar los palitos de madera de ninguna forma, hizo una ruina, derrumbada, y escribió al lado que después de tantos desplazamientos no podía dar forma a un espacio con un sentido de pertenencia como el de una casa o como el que exploró de su casa y campo de infancia. Lo que les quiero contar es que ese momento me sacudió fuertemente de mi idea personal de lo creado, donde sentí claramente que su ruina era su creación simbólica de toda su historia. Pero, es que no termina todavía esta historia. Varias sesiones después, nuestra compañera fue encontrando y explorando sus emociones, todas. Sus preguntas, todas, sus fuerzas, todas y sus vivencias decididamente dolorosas y representativas de un

país desgarrado por la violencia, el asesinato, la desaparición forzada y el desplazamiento fueron encontrando lugar, voz y cuerpo en cada ejercicio y entre más se fortalecía la red latente del grupo, más se iba apoyando nuestra compañera en sus tejidos. En el último encuentro decidí entregarle con su certificado de participación, una bolsa con ladrillos pequeños mientras en lágrimas reconocíamos las dos a una mujer valiente y resiliente. Y días después me envió la fotografía de la casa que construyó pegando cada ladrillo, y me escribió con alegría, esta si se parece a una casa. Leí muy bien que estaba hablado de ella y por supuesto de su creación. La invité para escribir un artículo sobre su proceso que pronto saldrá como estudio de caso. Y nunca ha parado de agradecerme su vivencia en el taller y personalmente yo a ella. Esta relación con lo creado, como esa forma que toma la vivencia y que representa un proceso lleno de elementos, la he vivido mucho con los talleres con niños, toda nuestra idea de lo que debe ser desaparece y estamos frente a lo que es. Y siempre es divino.

Arte aplicado o no, los procesos creativos permiten la interacción de aspectos como la imaginación, elaboración, transformación de materiales, formas, pensamientos, espacios, texturas y

realidades. Y de la mano del crear, se restablecen poco a poco las capacidades de plantearse también nuevas metas, sueños, deseos, ideas y oportunidades. Sabemos también que crear conecta varias funciones de la mente, del cuerpo y del espíritu en interacción con los otros, que le da forma al tiempo, al espacio, que puede materializar el pasado, que puede convertirse en memoria visible, que concreta el presente y nos permite visualizar algún futuro y a sentir la esperanza, una emoción que es tan difícil de definir, pues le hace contrapeso a su contraria, la incertidumbre. En el juego del clown la materia y forma es el sujeto. Somos el palo y el pegante. Somos la ruina y la construcción.

En una transformación cuando es química, una sustancia o grupo de sustancias se convierte en otra u otras sustancias. Las sustancias que hay inicialmente se llaman reactivos y las que aparecen tras la reacción reciben el nombre de productos. Pienso y siento que en TransMigrArts todos somos la sustancia y el producto. Quiero agradecer tanto a cada ser y a sus sustancias, con las que me he encontrado y con quienes he jugado en este movimiento migratorio hacia mí misma, confesando que es de los viajes más difíciles que he realizado sin duda.

